

2009, nuevas historias

P. Ortiz del Portillo

TODAVÍA queda en las casas, en el mes de enero, muérdago verde —*Viscum album* en latín y *mihura* en euskera— cuyas bayas blancas viscosas, con semillas de propagación, llevarán los torcos en el pico. A pesar de su naturaleza parásita, siempre ha contado con grandes defensores. El mismo Plinio en su *Historia natural* hablaba del muérdago en estos términos: “Los druidas lo cortaban en el solsticio de invierno, en un viejo roble, con serpetas de oro, atribuyéndole virtudes mágicas de fortuna doméstica, como sanar animales y hacerlos fértiles”.

En días cortos y fríos, aún se disfrutan ágapes y libaciones. La moderación se hace imprescindible en estos días de año nuevo.

Habitualmente también son las podas de invierno en parada vegetativa y la savia bajada a la raíz, de todo lo enfermo o inútil, para sanear, regenerar, producir madera de reemplazo, cortando con precisión chupones, partes secas o el ramaje excesivo para que maduren las futuras cosechas.



Es preciso asesorarse con expertos y distinguir en ramas las yemas abultadas de flor y fruto de las finas de madera y renovación, para formar el armazón del árbol, desinfectando sus heridas. Imprescindible asimismo usar herramientas de acero de buena calidad, bien afiladas para cirugía vegetal y cortes precisos, de manejo fácil, ergonómicas, adaptadas a la mano o que potencien la fuerza de brazos, con menos esfuerzo.

Es tiempo de planificar nuevas plantaciones, abriendo hoyos suficientes para orear la tierra, bien alineados y comprando plantas de calidad certificada en viveros de garantía.

En las cocinas de chapa, que todos conocimos, cuecen lento, los pucheros al amor de la lumbre con sabrosas alubias, cultivadas en la huerta, y sus sacramentos. Mientras, en la chimenea de fuego bajo crepitan las encendidas brasas irradiando calorillo y humo de agradable aroma por toda la casa.

Bandos de garzas vuelan en forma de V, hacia el sur, los pájaros buscan larvas en prados y en los parques oímos ruidosos estorninos, adaptados al medio urbano. Los árboles albergan vida en las yemas dormidas, con la fauna altagrada, añadiendo encanto al entorno, evocando historias que nos siguen sorprendiendo.

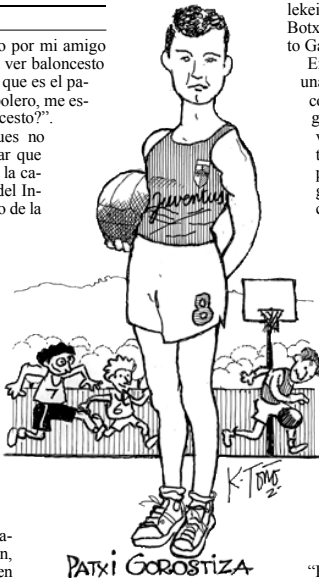
Recuerdos del viejo basket

K-Toño Frade Villar

FRECUENTEMENTE suelo acudir invitado por mi amigo Piru Azúa, *alma mater* del Bilbao Basket, a ver baloncesto del bueno a esa blasfemia arquitectónica (?) que es el pabellón de La Casilla, y, dada mi fama de futbolero, me espetan: “¿Pero desde cuándo te gusta el baloncesto?”

Respondo escuetamente que me gusta, pues no quiero parecer el abuelo cebolleta y explicar que mi relación como espectador del deporte de la canasta comienza en aquel campo parroquial del Indautxu “La campa de don Julián” en Gregorio de la Revilla (hoy Motos Tito), donde jugaba el Dow Unquinesa. Declinaban los años 50 y embutidos en sus camisetas negras con letras amarillas, jugaban Rosado, Zugazaga, Charterina, “Fede” (de Federación que no de Federico), Alonso y otros, arbitrados por Juanito Sáez. Las luchas contra los equipos de la época eran terribles, como contra el Juventus, San Fernando, Patronato, Deportivo, San Agustín... por poner un ejemplo. Posteriormente surgieron La Salle, Indautxu, Tabirako, J.A.I. Padura, Concha o Fíber.

Pero la estrella que alumbraba con luz propia desde la División de Honor bajo la batuta de Paco Díez era el Águilas, equipo surgido del patio de Escolapios. Llegó a las más altas cotas de la División, hasta que Paco falleció prematuramente en 1978. Qué aficionado que se precie no recuerda aquellos memorables partidos dominicales en el pabellón de la industria pesada de la Feria de Muestras entre tribunas de mecanotubo y que, con balón de cuero amarillo, dirimían ante equipos como el Madrid, Aismalibar (con Buscató y Alfonso Martínez), Orillo Verde, Hesperia, Canoe, Barcelona o Juventus. Jugadores históricos como Emiliano, Manene, Lacambra, Lería, Sotillos, Ibarra o Esparta, que se vieron reforzados por el fichaje del yanki Jon Arrillaga de origen



PATXI GOROSTIZA

lekeitiarra y que resultó todo un acontecimiento en el Botxo y, si no que se lo pregunten a Txatxo Payás, Fito Garcés y Jacinto Carro.

En el estudio del arquitecto Zalvide, donde estuve una veintena de años, tuve la suerte de trabajar codo con codo con Patxi Gorostiza. Mi inolvidable amigo Patxi, a quien la muerte se llevó en la flor de la vida, era con su “unonoventa”, el pivot del Juventus O.A.R. de mediados de los sesenta. Yo, siempre que podía, me acercaba a animarle al desangelado, pero cuidado con mimo por Emeterio, campo de Mallona. Entonces el Juventus, que nunca fue ningún club rico, tenía tan mala facha (en la rueda de precalentamiento usaban sudaderas descoloridas de otros equipos y los pantalones no iban a juego con ninguna) como magnífico equipo que dirigían con sapiencia “Jomen”, ayudado por Patxo Urrutia, a jugadores tipo NBA ¿me he pasado?, como eran Txindi Aparicio, Gómez Félix Mendia, Kike y Rafa Yanke, Piru Azúa, Javi Orbea, Recio, Arroita, Agirre, Mendiola o Joserra Urrutia ¡maestro!, que se fajaban con todos los equipos locales y con el Atlético SS, Argaray y Oberena de Iruña, Helios de Zaragoza o el Basconia de Vitoria. Por cierto, estos “inventores del basket” casi siempre quedaban los últimos. Posteriormente coincidió en la “mili” en Garelano con dos históricos del Patronato: “Fede” Campos y Fernando Sobrino, que junto a gente como Serrano, Bedia, Orúetecebarria, Be-

rriozabal, Elozegi o Gorrotxa, formaron uno de los equipos más sólidos de los de Iturrubide. No tengo sitio para más. Y ahora el chascarrillo: paseando por La Casilla oí a un chaval que decía a los amigos: “¿Sabéis quién es el que más rebotes coge en el Bilbao Basket?” “Fred Weis”, respondieron a coro. “No señor”, espetó el muchacho. “El que más rebotes coge es Vidoreta”. Y es que mi amigo Txus les echa a sus pupilos unas broncas de aupa.

La increíble aventura de un globito infantil

Olmo

LOS lectores ya veteranos recordarán esa frase que se ha quedado en nuestro idioma popular como una locución coloquial: “Los jueves, globitos”. La frase tiene su explicación lógica, porque en mis tiempos infantiles los colegiales teníamos fiesta los jueves por la tarde para que nuestras madres nos llevaran a hacer compras. Y los comerciantes con evidente sentido práctico, regalaban ese día a los niños un globito, que llevaba como propaganda el nombre del comercio en cuestión.

Explicado el truco del globito vamos a situarnos en un día del año 1933, y vamos a conocer al protagonista de esta historia, un muchacho bilbaíno llamado Pablo, que tenía en su poder uno de aquellos globitos que daban de regalo los jueves a los niños. El globo llevaba el nombre y la dirección de la perfumería “Estraunza” de Bilbao y al muchacho, movido quizá por algún imaginario estímulo juvenil y aventurero, se le ocurrió la idea

de enviar un tripulante al espacio. Recortó un muñeco de papel, lo colgó en el hilo del globo a modo de aeronauta y aprovechando que aquel día apenas hacía viento, desde su casa situada en el popular barrio de Irala, soltó el globito que se perdió en el espacio acompañado sin duda por la fantasía juvenil de Pablo.

Pero aquel globito infantil con el anuncio de la perfumería bilbaína estaba destinado a escribir una historia aeronáutica increíble. Aunque aquel día del lanzamiento no soplaban el viento, el globo siguió su ascensión y encontró sin duda vientos favorables. Lo cierto es que impulsado por vientos del noroeste, inició su navegación aérea en la calle Irala de Bilbao, atravesó toda Francia y en alas de su motor cóico, después de recorrer unos 1.700 kilómetros, llegó hasta una casita del pueblo alemán de Neu-Bischofssee (Frankfurt por más señas) donde aterrizó tranquilamente con su tripulante de papel.

Allí se lo encontró una muchacha que al ver el texto que tenía el globo se lo llevó a la escuela sin



En un pueblo cercano a Frankfurt, Elsbeth Loricke muestra el globito que soltó Pablo en la calle Irala de Bilbao. Aún está colgando del hilo el aeronauta de papel

duda para que el maestro lo tradujese. El maestro leyó el texto, y escribió una simpática carta a la perfumería bilbaína de “Estraunza” dando cuenta de la aventura aeronáutica de aquel pequeño acrostato comercial, incluyendo en la carta la fotografía de la chica sosteniendo en su mano el globito que aún conservaba atado al extremo del hilo el “piloto” de papel y en su cubierta de goma el texto comercial. Así se pudo conocer el increíble viaje de aquel globo que

soltó Pablo en Irala y que aterrizó con su tripulante en un pueblecito de Frankfurt.

Hoy Pablo, es decir Pablo Díez Guadilla, vive tranquilo y feliz en la residencia “Gurena” de Loiu, pero no ha olvidado ni olvidará nunca aquella ocurrencia que tuvo hace tres cuartos de siglo, cuando impulsado por su fantasía aventurera y juvenil, lanzó aquel aeronauta de papel colgando del globo que regalaron un jueves en una perfumería bilbaína.